

GARVAL

Miguel Fernández-Pacheco



A B A B

GARVAL

Miguel Fernández-Pacheco

A B A B

Para L. G.

© Miguel Fernández-Pacheco
© De esta edición: Abab Editores
www.ababeditores.com
info@ababeditores.com

Diseño de la colección: Scriptorium, S. L.

ISBN: 978-84-612-5224-4
Depósito legal: M-13393-2012
Printed in Spain

I

Le llamaban Garval, aunque no se sabía si ese era su verdadero nombre, y se le tenía por caballero, pues iba a caballo y llevaba armas; incluso se decía que había combatido con honor entre las huestes del famoso Carlos Martel, lo que le confería cierto prestigio, pero nadie confiaba en él.

Para empezar, no era de allí, lo que, de entrada, resultaba harto sospechoso, ya que todos los habitantes del valle llevaban al menos tres generaciones residiendo en él, mientras que el misterioso caballero apenas si hacía un año que mero-deaba por sus alrededores. Y es que aquel no era un lugar precisamente próspero, donde se eligiera vivir así como así. Era un sitio agreste y escarpado, olvidado por el mundo, en el que los sembrados eran escasos, el clima duro, el ganado flaco, el oso

y el lobo abundantes y, por tanto, los recursos más que menguados.

¿Qué pintaba, pues, en aquellas tierras casi inaccesibles, un sujeto tan extraño además, que no dormía bajo techado sino en el bosque, a cielo abierto, y en los crueles meses del invierno refugiado en una gruta; que se sustentaba de lo que cazaba —había quien aseguraba que crudo— y que no se quitaba jamás, ni siquiera para dormir, su fría y pesada cota de malla? ¿A qué diablos había venido? ¿Qué pretendía?

Era también extraordinariamente parco de palabra, tanto que no se recordaba que se la hubiera dirigido nunca a nadie. Es más, cuando le preguntaban algo solía responder con monosílabos o del modo más lacónico posible, desentendiéndose enseguida de cualquier intento de conversación.

Y lo peor era que se le había visto, más de una vez, paseando a la orilla del torrente con la infame Ledgarda, una mujeruca siniestra que habitaba sola cerca de las cumbres, y a la que solo se recurría en casos de grave necesidad, de espaldas a la gente y no sin temor.

Con todo, también era verdad que no se sabía que le hubiera hecho daño a nada ni a nadie, al menos por el momento.

Aparte de que, a poco que se le apreciara, había que reconocer que era alto, fuerte y agraciado, las tres cosas en una proporción tan notoria que las mujeres de aquellos contornos se referían a él con una cierta delectación cuando conversaban entre ellas.

Precisamente por esa oculta satisfacción, esas mismas mujeres, sobre todo si había hombres delante, solían decir de él que estaba endemoniado, cuando no que era el mismo demonio, aunque luego, en soledad, se regodearan imaginando que cualquier día, en el recodo de cualquier camino, podían toparse con su imponente figura y verse envueltas en la inquietante mirada de sus ojos amarillentos, de animal salvaje.

No era ajena a estas femeniles inquietudes la preciosa Onneca, hija menor de Frédolo el herrero, a quien se tenía por el hombre más rico de la aldea, incluso por encima de Udafrico, el señor, que vivía en una torre y al que obedecía una pequeña mesnada.

Onneca acababa de dejar la adolescencia y tenía fama desde bastante antes, y en muchas leguas a la redonda, de ser la doncella más hermosa del valle.

Los que la conocían se hacían lenguas de su piel, tan blanca que hacía parecer oscura la nieve, y de su talle, tan fino y flexible que los abedules podían muy bien tenerle envidia. Hablaban y no paraban de su risa, alegre como la aurora y más melodiosa que el canto del torrente...

Por todo ello, era lógico que Frédolo el herrero se sintiera orgulloso de aquella especie de perla, que relucía como un tesoro entre sus once toscos hijos, y se hiciera ilusiones de que Udafrico, el señor, viniera algún día a pedírsela para su hijo Eguinaldo, un muchachito ciertamente agradable, quien, por otra parte, la perseguía amorosamente desde niño, al punto de que nadie, ni siquiera ella misma, dudaba de que acabarían casándose.

Aunque ya hemos dicho que la grácil Onneca no era insensible a los encantos del solitario Garval. Incluso, en su fuero interno, se consideraba en ese sentido más afortunada que las demás, pues ella sí se lo encontraba invariablemente cada vez que salía de su casa, ya a buscar agua, ya a

recoger las vacas, como si el montaraz caballero se hubiera propuesto verla cada día y hasta varias veces en la misma jornada. A la dulce joven le dedicaba las pocas sonrisas que se conocían en sus sellados labios y, pese a su timidez, era frecuente que le dejara alegres y delicados ramilletes de flores silvestres en los lugares más impensados, para que ella los luciera luego, con secreta emoción.

Claro que tales emociones, que indudablemente surgían de una tumultuosa afición, atormentaban no poco a la muchachita, ya que se le hacía evidente que no pensaba en aquel hombretón, de rara y agreste naturaleza, del mismo modo que en su compañero de juegos Eguinaldo. Con el segundo se veía matrimoniando en un futuro no tan lejano, mientras que con el primero...; bueno, con el primero era difícil imaginar algo que se pudiera referir sin enrojecer.

Así las cosas, un desdichado día del verano en el que comienza nuestra historia ocurrió algo que los habitantes de la región recordarían el resto de sus vidas.

Y fue que los sarracenos, que desde hacía más de veinticinco años se enseñoreaban de la penín-

sula Ibérica, aunque nunca se hubieran aventurado por aquellas breñas, estimando que Gelmir Bonhome, conde de Viñamala y señor de aquel valle, no había satisfecho convenientemente los tributos que les debía, decidieron cobrárselos en especie e irrumpieron en él, una mañana de julio, justo cuando sus habitantes se atareaban segando.

No hubo tiempo ni ocasión de defenderse. Pocas horas después, los algareros abandonaban el lugar en llamas y escapaban con todo el oro, el ganado y los cautivos que fueron capaces de encontrar.

Imaginad la consternación, la rabia y el dolor de aquellos míseros lugareños, que no solo se veían privados en un momento de cuanto poseían, sino que además habían de lamentar, en cada hogar, el fin o la esclavitud de algunos de sus miembros.

Tal era el caso de Frédolo, el herrero, quien aquel mismo atardecer, sentado en medio de las ruinas de su casa, aún humeantes, lloraba desconsoladamente la muerte de cuatro de sus hijos y, lo que se le antojaba todavía más espantoso, la cautividad de Onneca.

¿Qué terrible destino aguardaría a aquella inocente niña, criada entre el mimo y el halago de unos parientes que la adoraban, en manos de aquellos infieles, cuya refinada crueldad era proverbial? ¿Por qué infierno estaría pasando en aquel momento? ¿Y qué hacer, santo cielo?

Ni él ni los hijos que le quedaban eran hombres de armas, y en cuanto a Udafrico, su huete había sucumbido por completo, aparte de que ¿dónde estarían a estas horas los infames captores? Ciertamente, su impotencia y su pena eran insoportables.

Así, desesperado, estaba dándole vueltas a la idea de colgarse de una de las chamuscadas vigas que aún quedaban en pie, cuando he aquí que vino a plantarse ante él, entre nubes de humo, como si de una aparición se tratara, el andante caballero, cubiertas de sangre ropas y armas, quien, solemnemente, le dijo estas palabras:

—Soy, como sin duda sabéis, Leibulfo Garval y vengo a pedirlos la mano de vuestra hija Onneca.

El herrero creyó primero que soñaba y, restañando luego con la diestra las lágrimas que le cubrían el semblante, exclamó iracundo:

—¿Pero qué decís, insensato? ¿Acaso no sabéis que esos perros rabiosos se la han llevado?

—Así era hasta que yo intervine. En el desfiladero le tendí una emboscada a su retaguardia y alcancé a quitársela. Ahora está ahí fuera, sana y salva. Puesto que la he rescatado, su vida me pertenece. Aparte de que nadie la protegerá en lo sucesivo como yo; de modo que... ¿queréis dárme-la por esposa?

Frédolo seguía sin dar crédito a lo que escuchaba. Desde luego no respondió al caballero. Se levantó de un salto y fue a comprobar si cuanto decía era verdad o había perdido la razón, como algunos aquel día.

Pero Garval no deliraba. Fuera, sostenida por sus deudos y rodeada por media aldea, acababa de recuperar el sentido la doncella, aún más pálida de lo habitual, con las ropas rasgadas y el pelo en desorden. Tendió las manos a su padre, quien la estrechó sollozando, aunque sus húmedos ojos se dirigieron al caballero, que había aparecido tras él, y al que dedicó una sonrisa que todos pudieron apreciar, una sonrisa en la que había mucho más que agradecimiento.

Era que, en su corazón, la parte oscura e inconfesable parecía haberse reconciliado con la clara y permitida y, al fundirse tan encontradas emociones, notaba no solo una profunda paz, sino también la sensación inequívoca de estar abriéndose a un amor que antes no se había figurado que pudiera existir.

—¿Qué decís entonces? —urgió Garval.

—¿De qué? —contestó Frédolo, que parecía haber olvidado todo lo anterior.

—De darme a vuestra hija por esposa —insistió el caballero, esta vez públicamente.

Y por encima de la sorpresa, a las gentes les pareció justa su demanda.

Más que a nadie a Onneca, quien, incorporándose, conmovida por su recién nacido sentimiento, se precipitó en los brazos de su ensangrentado salvador, exclamando con vehemencia:

—Mi vida te pertenece. Tuya será para siempre, generoso Garval.

Para Frédolo fue como si le dieran un latigazo. ¿Acababa de recuperar a su hija al precio de tener que entregarla a aquel intruso, que nadie sabía de dónde venía, quién era ni qué pretendía y que no

poseía más bienes que un jamelgo reseco y lo que llevaba encima? ¿Para eso había pasado él tantos cuidados?

—Digo —respondió al fin, cogiendo a su hija de un brazo y apartándola de él— que lo que me pedís no es cosa que pueda responderse al buen tuntún. Tengo que pensármelo. Ya sabréis mi respuesta.

El hombre no dijo palabra. Recogió su caballo y se internó en la espesura.

La enamorada volvió a desmayarse.

La oscuridad había descendido sobre el valle.

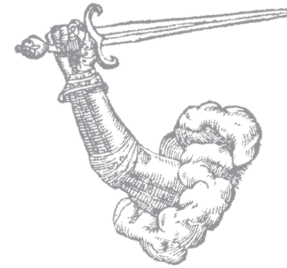
II

Al día siguiente, tras haber enterrado a los muertos, comenzaron los trabajos de reconstrucción.

Lo benigno de aquel estío hizo que todo marchara más rápidamente de lo que se había calculado.

Además, el conde Gelmir Bonhome apareció por el valle, repartiendo víveres y ayudas y aun dando generosas limosnas a los que más habían perdido. Como su propio apellido pregonaba, era un hombre tenido por bueno, con fama de justo, al que, en el fondo, nadie culpaba de lo ocurrido. Si no había pagado sus parias a los musulmanes, sus razones tendría. ¿Quiénes eran ellos para meterse en tan elevados asuntos?

La cuestión es que, cuando comenzó a anunciarse el otoño, todos parecían haber olvidado la



GARVAL

se escribió en San Lorenzo de El Escorial
el año de 1997.

Ediciones Era lo publicó en México en 2006.

Esta edición, primera en España,
se compuso en *Bodoni Old Face BE Regular*
y se acabó de imprimir en abril
de 2012



ASPICIUNT SUPERI

En el Pirineo Aragonés, en la Alta Edad Media, el caballero Garval, aventurero en cuyo escudo campea el lema *Homo homini lupus*, desconcierta a cuantos le rodean con su furia, y aún más con su mansedumbre.

Su insólita leyenda lejanamente inspirada en un *Lai* de María de Francia, no deja por eso de ser contemporánea:

Hijos desencantados de nuestra época, ahora sabemos que el corazón humano es mil veces más sanguinario que el de cualquier animal.

Verónica Murguía

ISBN 978-84-612-5224-4



9 788461 252244